

Había entre los fariseos un dirigente de los judíos llamado Nicodemo. Este fue de noche a visitar a Jesús. —Rabí —le dijo—, sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios, porque nadie podría hacer las señales que tú haces si Dios no estuviera con él. —De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios —dijo Jesús. (Juan 3. 1-3)

Jesús anticipó la respuesta a la pregunta que seguramente Nicodemo iba a hacer. Este hace una especie de introducción a partir de lo que él creía entender. Usa la expresión **“sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios”**, que refleja un acercamiento amistoso de este fariseo, sin duda cautivado por lo que había visto y oído de Jesús.

Pero Jesús ve en él algo mucho más profundo que se escondía detrás de su comentario, y no le dejó hacer la pregunta. El propio texto del evangelio de Juan nos muestra que Jesús sabía perfectamente lo que había en el corazón del hombre; dice en Jn. 2. 24, 25: **“En cambio Jesús no les creía porque los conocía a todos; no necesitaba que nadie le informara nada acerca de los demás, pues él conocía el interior del ser humano”**.

En consecuencia la respuesta de Jesús a Nicodemo, ante la pregunta que no alcanzó a hacer, estaba en éste contexto. Que, por lo demás, es la condición de muchos ante la presencia de la realidad de Jesús. Creen conocerle, creen entenderle, incluso creen seguirle, pero solo es voluntad humana, esfuerzo humano, obra humana que no genera una nueva condición de vida.

Pero Jesús le plantea la exclusiva condición necesaria de cumplir para “ver” el Reino de Dios. Condición que solo la otorgaba Dios mismo, porque venía de “arriba” (verdadero significado de la expresión “nacer de nuevo”). Había que ser **“engendrado”, “concebido”** desde “arriba”, es decir por Dios. Condición que Juan el evangelista se encarga de señalar al comienzo de su carta, al escribir, **“Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Estos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios”**. (Juan 1. 12, 13)

Nacimiento en el cual no hay participación ni intervención humana, ni siquiera voluntad humana. Es el milagro de la vida espiritual que es concebida por Dios mismo a través de Su Espíritu en aquél, o aquella, que él quiere.

“Nacer de nuevo...”, o mejor dicho **“nacer de arriba”**, no es prerrogativa humana sino absolutamente de Dios.

Por eso que la expresión “hijo de Dios” tiene un profundo sentido. Por eso que el Evangelio no es un compendio de normas, conceptos o ideas, ni menos algún tipo de ética bien intencionada. Es la prerrogativa de Dios de obrar a través del engendrar una nueva vida en nosotros a través de su Espíritu. El apóstol Pablo lo expresó así:

“Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! (2 Corintios 5. 17)